

EUGENIO TIRONI (SUR, Chile). Quiero introducir en la discusión el tema de la validez actual del concepto de marginalidad. Tengo la impresión de que tiene una validez tan grande o mayor que en los 60. Se trata de una noción que ha tenido una trayectoria bastante accidentada; partió teniendo una connotación sobre todo socio-cultural y política, para transformarse en un concepto principalmente económico y socio-ocupacional.

La idea de marginalidad como *periferia* se fue convirtiendo en una visión catastrofista de una masa irreductiblemente *fuera* del sistema. Por otra parte, el análisis se volvió crecientemente abstracto con el uso de categorías provenientes de la economía política, perdiendo con ello su "humanidad".

La "teoría de la marginalidad" terminó por agotarse por completo en los 70, siendo sustituida por los enfoques menos totalizantes referidos a las "estrategias de sobrevivencia", "sector informal", "exclusión". Pero creo que hoy día se cierra también este segundo ciclo.

El tipo de instrumental (descriptivo y empiricista) que se utilizó en los 70 para dar cuenta del fenómeno, es muy limitado. La marginalidad es un fenómeno más amplio y requiere de una interpretación más "macro". Esto lleva a una suerte de retorno a las fuentes, que se expresa en una revalorización de la dimensión socio-cultural y política, tanto en términos de exclusión como de inclusión. Otra vez se reafirma la noción de *dualismo*, de la oscilación permanente entre el "dentro" y el "fuera". La tesis de Cardoso de la "masa periférica" gana puntos, sin duda, respecto a la "masa marginal" de Nun.

Por último, hay que preguntarse hasta qué punto la marginalidad, a la que hemos visto siempre como una peculiaridad de América Latina, no es más bien un fenómeno universal y, por lo tanto, hasta qué punto podemos utilizar la noción de marginalidad para caracterizar las sociedades latinoamericanas, y construir a partir de ella teorías *ad hoc*, como lo hizo la llamada "sociología latinoamericana". Me planteo si no hay que integrar este tipo de fenómenos dentro de la teoría sociológica general, tomando la marginalidad como una tendencia universal.

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia). El aporte principal de la sociología latinoamericana fue la idea de un proceso histórico que fundía fuerzas sociales con procesos institucionales, el cual tomó el nombre de *desarrollo*. Y lo que observo aquí (y más fuertemente aún a nivel mundial) es que este núcleo central se va deshaciendo. Ya no se habla de desarrollo, sino de adaptación a un cambio complejo, de cómo manejar la incertidumbre. Es una visión hiperliberal, en su sentido estricto, mientras por el otro lado emerge una visión trágica o comunitarista. Entre medio, los procesos, los conflictos, los movimientos sociales, parecen haber desaparecido.

Mi interrogante es si no les corresponde a los latinoamericanos emprender un gran movimiento opuesto a la pura adaptación o manejo del cambio y a la pura afirmación de la identidad, de la especificidad. En esta situación intermedia en que está América Latina, ¿no le corresponde a la sociología latinoamericana llamar la atención de

todos otra vez sobre la vieja noción de desarrollo?

RENE MAYORGA (CERES, Bolivia). Quiero hacer un breve comentario metodológico sobre el texto de Lucio Kowarick. En él se destaca acertadamente una deficiencia muy importante en los análisis de los movimientos sociales, como es el que la mayoría de ellos hayan ignorado la dimensión del Estado. En general plantean la identidad de estos movimientos sin considerar la relación que tienen con el Estado en sus prácticas políticas y sociales. Kowarick pone de relieve que es necesario superar esta deficiencia y, sin embargo, termina destacando el enfoque teórico de Tilman Evers, que exalta un paradigma culturalista en el análisis de los movimientos sociales, afirmando que lo importante de ellos en América Latina radica en que son los portadores de una nueva identidad.

A mí me parece que si uno acepta ese paradigma —y creo que Lucio Kowarick lo hace al final de su análisis— es imposible examinar ni la cuestión del Estado ni la potencialidad política de los movimientos sociales. Se repite a nivel teórico precisamente lo que se está imponiendo a nivel de la realidad política y social, en las relaciones entre el Estado y los movimientos sociales urbanos: la dicotomía entre la lógica del poder estatal y la lógica "microfísica" de los movimientos sociales, los que, en la práctica, no toman en cuenta al Estado, porque lo que les preocupa es la dimensión microsocial o la dimensión endógena de su propia identidad.

Esa es la dicotomía que parece ex-

presarse también en el trabajo de Kowarick porque, por una parte, él afirma la necesidad de incorporar la dimensión del Estado al análisis de los movimientos sociales; pero, por otra, termina diciendo que lo fundamental de los movimientos sociales no radica en lo político. Creo que hay ahí un bloque teórico, metodológico, que impide el análisis de la dimensión estatal.

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Me parece que esta mañana llegamos a un punto en el cual rescatábamos la especificidad de lo político como algo que permitía pensar tanto en momentos históricos como en áreas de actividad. Gonzalo Falabella hablaba de lo individual y lo colectivo, lo partidario, lo estatal, etc., y de la necesidad de politizar cada nivel, definiendo la politización como la preocupación por la cosa pública, que era específica de cada nivel...

GONZALO FALABELLA (SUR, Chile). Un ejemplo: a las madres de la Plaza de Mayo les interesa la guerra de las Malvinas, pero en forma diferente que a los partidos y al Estado. Es decir, su forma de entrar en la política es distinta. Todos entran así en la preocupación por la cosa pública, hacen política, pero no le colocamos a los partidos lo que hacen los movimientos sociales, ni a éstos lo que hacen los partidos o el Estado.

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Sí, a las madres les interesaba la guerra de las Malvinas, y no les importaba la toma del poder. Entonces, dependiendo de como se define lo político y lo público, podemos entender los procesos sociales y buscar después las interrelaciones entre ellos. Actualmente parecemos estar perplejos ante un momento histórico en que se da una crisis de los paradigmas. Y al mismo

tiempo, Alain Touraine nos pide a los latinoamericanos volver al estudio integrado del proceso de transformación histórica, y revalorizar la noción de desarrollo, buscar la unidad histórica, los grandes procesos, después de haber reconocido las diferencias.

Creo que los dos son desafíos que requieren atención, y que estamos respondiendo mejor a uno que a otro; esto es, estamos respondiendo mejor a la temática de la diversidad y la especificidad de los procesos sociales que a una visión integrada del desarrollo, o como se llegue a llamar el nuevo paradigma que alguna vez quizás podamos inventar.

Veo que el momento en que estamos en las ciencias sociales de alguna manera refleja lo que está pasando en nuestra sociedad: la disociación entre la búsqueda de las especificidades, las diferencias, las divergencias, y la posibilidad de integración, de encontrar principios unificadores.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Creo que hay algo en lo cual muchos coincidimos, y es la posibilidad de pensar un nuevo modelo global de lo latinoamericano a partir del proceso de fragmentación del sistema de acción histórico, y resignificar de distintas maneras la totalidad. Me pareció interesante, tratando de generalizar, lo que encontraba para Francia François Dubet. En nuestros estudios hemos encontrado este doble juego, este conjunto de tensiones entre inclusión y exclusión. Hay tendencias hacia la valorización y reconocimiento de la diversidad en los movimientos sociales, sean generacionales, feministas o de mujeres, culturalistas, de jóvenes, etc. Hay prácticas de autogobierno, valores de solidaridad y de reciprocidad, demandas por autonomía. Frente a esto, y también en los mismos actores sociales, hay una búsqueda de un nuevo clientelismo, de una nueva dependencia; hay conductas anómicas, competencia y particularismos; hay desarticu-

lación y fraccionalismo. El problema es que, desde aquí, estamos yendo hacia un proceso de secularización del sistema de acción social, donde los actores sociales van a ser sociales y los actores políticos van a ser finalmente políticos.

Creo que lo anterior está condicionado por dos grandes problemas: cómo América Latina —y, por lo tanto, estos actores sociales— se integran al proceso de transformación de la sociedad post industrial; y cómo la sociedad se puede articular internamente, y expresar esta articulación en el sistema político.

Es posible pensar en un proceso de integración puntual y parcial al sistema internacional, en algunos casos de manera perversa, por ejemplo a partir del tráfico de drogas. Por otra parte, hay un proceso de exclusión generalizado, sin posibilidades de integración de la sociedad. Obviamente en esto se dan diferentes matices, según sean los distintos procesos históricos nacionales. Una cosa es el noreste del Brasil, otra es San Pablo; una cosa es Brasil y otra es Bolivia. Sin embargo, en todos los casos, si nos planteamos el tema del desarrollo y del cambio, la constitución de un nuevo sistema de acción histórico tiene que pasar por la constitución de un sistema democrático. Hay un gran reto en ello. Revivir el problema del desarrollo implica, a mi juicio, ese punto de partida político. Y en ese sentido, la revalorización de lo político y de la cultura política es un tema central.

FRANCOIS DUBET (CADIS, Francia). Quiero decir dos cosas. En primer lugar, que estoy muy golpeado por la imagen que hay respecto de los grupos marginales, en el sentido de que son grupos destruidos, capaces a su vez de producir destrucción.

La segunda cosa que me golpea es que, después de la destrucción del modelo nacional popular, no hay una interrogación sobre el nuevo significado de los temas religiosos y, notable-

mente, de los temas ligados a los derechos del hombre. Tengo la impresión de que, al igual que en Europa, los nuevos movimientos sociales se definen básicamente a partir de principios morales antes que sobre principios sociales. Es fundamental la reflexión respecto a los espacios políticos en el cual puedan emerger estos movimientos, sin que eso nos impida reflexionar sobre la dimensión autónoma de ellos.

LUCIO KOWARICK (CEDEC, Brasil). Tal vez René Mayorga tenga razón al decir que hay una incongruencia lógica en mi planteamiento, aunque pienso que en la obra de Evers los movimientos sociales sí están planteados en el contexto del Estado. Eso es lo que permite plantear que se está desarrollando no una anomia —el término me parece muy fuerte—, sino un discurso, valores, símbolos muy fragmentarios, muy localizados, que, en el caso brasileño, surgen mucho más de la Iglesia y de grupos culturales que de los partidos

políticos. Y ese discurso, aunque fragmentario, puede tener algún impacto; puede transformar en algunos puntos muy específicos de la sociedad —en la base, y eventualmente en otros más estratégicos— la concepción de “ciudadanía”, de los derechos, de la justicia.

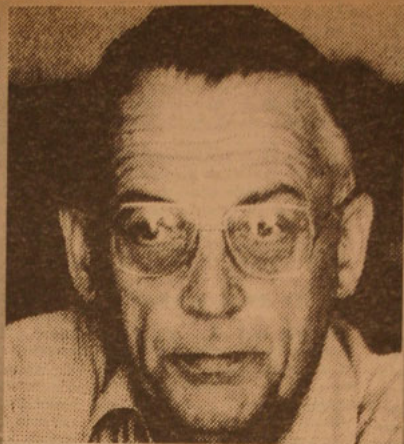
¿Cuáles son las posibilidades y los límites de este tipo de nuevos discursos? Mi impresión es que si no hay influencia en las instancias más estratégicas —sea modificaciones de actitudes en los partidos, sea expresiones en relación al Estado, etc.—, muy poca cosa se puede hacer en términos de transformaciones sociales más profundas.

Garretón habló de la gestión por elecciones directas en Brasil, y definió ese movimiento como político. Me parece éste un buen punto para dar un ejemplo de lo que estoy pensando. Las “directas” tienen una historia. La gente salió masivamente a las calles, incluso en los barrios populares, y ahí estaban con sus banderitas. La gente fue

porque se había abierto un espacio político. Parte de la oposición, incluso del mundo político dominante, abrió un espacio para que ese movimiento pudiera ocurrir, y la gente fue masivamente. Pero cuando la cosa no va más adelante, ¿qué puede hacer el movimiento popular? El movimiento popular se va a su casa porque ya no tiene más espacio, no tiene más fuerza ni instrumentos para dar una pelea que sólo podría dar si tuviera un espacio institucional político, económico, televisivo, etc. El movimiento popular en sí mismo, no creo que pueda hacer transformaciones muy profundas.

Finalmente, creo que es necesario retomar la proposición de Touraine, tal vez en el sentido de que ya hemos acumulado no sólo conocimientos, sino algunas reflexiones sobre lo local, lo específico, lo parcial, que tal vez permitirían encontrar o refinar instrumentos analíticos para repensar la cuestión de la transformación histórica, integrada a la cuestión del desarrollo.

Le nouvel observateur



ALAIN TOURAINE

